

TEATRO

Tiempo internacional

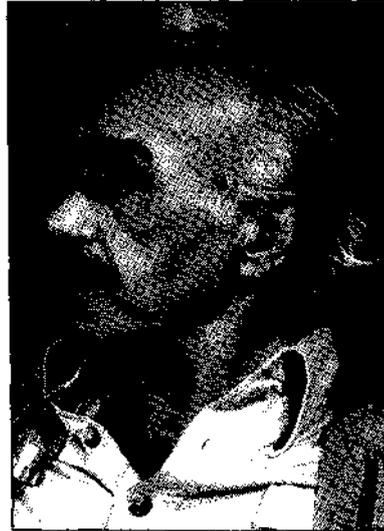
JUANJO GUERENABARRENA *

RANCISCO Nieva, Alonso de Santos y Paloma Pedrero, tres autores españoles vivos, acaban de estrenar sus últimas creaciones. La cartelera está de enhorabuena. Pero durante el final de febrero y el principio de marzo, la

F importancia de este suceso tan poco habitual en las salas madrileñas de los últimos tiempos se ve ligeramente eclipsada por la celebración del noveno Festival Internacional de Teatro de Madrid. Entre varios grandes nombres de la escena mundial, destaca la presencia de la prestigiosa Royal Shakespeare Company, nueva en esta plaza.

Alonso de Santos, el triunfador de *Bajarse al moro*, se apunta un nuevo éxito con una comedia de entretimiento e imparidad: *Pares y Nines*. Considerablemente mejor que el afamado *Bajarse al moro*, la nueva obra, muy bien interpretada por Rafael Álvarez «el brujo» y Gerardo Malla, tiene el defecto de un personaje femenino apenas dibujado y un final que no llega, o quizá .que llega varias veces. Pero el resto es bueno, es trabajo fino de comedia, y el público así lo parecía. Gusta.

Pares y Nines habla de un trío amoroso, formado a partir de otro trío, que a la hora de comenzar la función ya es historia. Dos hombres y una mujer, deseos y amores que se van sucediendo,



Francisco Nieva.

otra mujer que ya pasó por sus vidas, historias de abandonos, en fin, vidas en parejas desequilibradas, parejas de tres. Es cierto que no cambian muchas cosas con respecto a las comedias realistas y costumbristas de los años 50-60, pero el objetivo de la productora Pentación era en este caso investigar en la verdad escénica de la comedia. Se trataba de encontrar un tono actoral que convirtiera en vivencia la disparatada historia del escenario. El comportamiento del público, las risas que inevitablemente salen del patio de butacas avalan la consecución del fin.

No ocurre lo mismo en la otra producción de Pentación, estrenada recientemente en el Teatro Maravillas. Paloma Pedrero, autora joven que ha nacido al teatro desde las filas del Independiente y se ha visto incluida en la generación que encabezan Alonso de Santos y Fermín Cabal, presentó *Invierno de luna alegre*, premio Tirso de Molina 1987. La belleza y profundidad del texto, mayores que en algunas obras de sus acompañantes de promoción, se ven terriblemente cercenadas por el montaje. Paloma Pedrero, celo-

* Salinas (Asturias), 1957. Licenciado en Filosofía y Letras.

sa de su obra y tentada por el nuevo mundo que es la dirección de escena, corrió con los riesgos de la puesta en escena y la selección del reparto. No funciona. Sólo Natalia Dicenta logra componer un personaje verdadero y poderoso. Juanjo Menéndez, buen actor por lo demás, no parece el tipo apropiado para el personaje de Olegario, torero fracasado por la mala mirada de un toro, que sobrevive con un espectáculo callejero. La historia de amor entre el viejo y la niña está tan desequilibrada en la escena que lo que en el texto suena a altura dramática, se convierte en el escenario en poco más que un folletín. Una lástima este acto fallido, que no debería pesar en el futuro artístico de esta buena escritora que es Paloma Pedrero.

Y Francisco Nieva, tal vez el más interesante de los autores vivos españoles, el que se entrega con más pasión para que el teatro recupere una fuerza que lleva muchos años debilitándose, presentó fugazmente su *Corazón de arpía*, que seguramente se verá en otros escenarios durante todo este año. La sala Olimpia, de Madrid, se llenó de ansiedad para asistir al último montaje de Nieva, realizado en coproducción con la Escuela de Arte Dramático de Madrid. Nieva trataba de recrear el ambiente del género chico de finales del Xix, oponiéndole los avances que en materia de ética y estética teatrales se han producido. Sus personajes machihembrados, sus ya comunes despojos de hombres y mujeres con los que Francisco Nieva reflexiona sobre los humanos de su tiempo estaban ahí, en este juego escénico, en ese pedazo de teatro que tal vez sirva para posteriores producciones de más enjundia, sin que eso quiera decir que *Corazón de arpía* tuviera poca.

Los visitantes

PERO la noticia teatral del final del invierno es, qué duda cabe, el noveno Festival Internacional de Teatro de Madrid. Mucho se habla de la inflación de festivales y muestras, que en algunos casos no son otra cosa que manifestaciones pedantes, de prestigio, cobertura política, parches para lagunas profundas. Pero éste no es el caso. Este festival, que empezó humildemente hace nueve años, se ha trabajado ese lugar de privilegio que hoy ocupa. Es un festival de teatro-teatro, sin concesiones, que sirve no sólo para poder estar al día de los modos de creación foráneos, sino para confrontar estéticas y talentos, y también para poner en su lugar los delirios de algunos pequeños creadores de esta piel de toro, que sólo aisladamente produce algo presentable allende nuestra fronteras. Es el festival más riguroso de cuantos pueblan la geografía nacional a lo largo del año.

Esta novena edición tuvo tres claros protagonistas. Por un lado, se ofreció una pequeña muestra de teatro georgiano. Esa república soviética, «perestroika» «avant la lettre» y hoy convertida en más que una mediana factoría del mejor teatro europeo, presentó tres compañías, una de ellas de marionetas. *Ricardo III*, dirigida por Robert Sturua y protagonizada por Rama/ Chkhikvadze, si bien fue un montaje alejado de la menor ostentación plástica, representó uno de los momentos más densos y bellos de la muestra. La alta calidad de los actores y la propuesta de un rey Ricardo al que no hacían falta deformaciones físicas para ser el terrible y energúmeno ser que fue, limaron las asperezas de un idioma tan



Tadeusz Kantor.

alejado de nuestra capacidad de comprensión como el georgiano. Esa misma altura actoral se repitió en la compañía Mardjanishvili, que puso en escena *La caída*, de M. Javakhishvili, un ácido relato de la verdad social post-revolucionaria, cuya denuncia costó la vida al autor en la dura época stalinista.

Otro protagonista de esta novena edición fue Tadeusz Kantor. El público español ya conocía el teatro de Kantor, fundamentalmente el denominado «Teatro de la muerte», compuesto por las obras *La clase muerta*, *Wiwlopo-le*, *Wielopole* y *Que revienten los artistas*. Ahora, para cerrar el ciclo introspectivo que ha supuesto esta serie, se presentó con *No volveré jamás*, obra de las mismas características estéticas que las citadas, pero que pretende ser un cierre y una reflexión sobre la propia vida y las propias obras. Fragmentos de las anteriores se revisan en este definitivo *No volveré jamás*, no referido a su actividad teatral, sino a su proceso de análisis, a su repaso por los territorios oscuros del pasado que tanto modifican los presentes. Kantor siempre resulta genial, aun cuando no se lo proponga, aun cuando quiera evitarlo. Si el lector tiene la oportunidad de viajar y coincidir con alguno de los trabajos de este pintor, escenógrafo y director polaco, bien podría buscar un par de horas libres para asistir a su sueño.

Y, pasando de largo por el gran Josep María Flotats —porque el espacio no permite otra cosa y es un creador imprescindible y afortunadamente cercano en el tiempo y el espacio—, llegamos al tercer gran protagonista, a la compañía británica Royal Shakespeare.

Titus Andronicus, esa sanguinaria tragedia, ese magma escénico de cuya autoría se ha dudado no pocas veces para atribuírsela final y claramente a William Shakespeare, ha sido la obra presentada. Con un montaje de esta obra se consagró el maestro Peter Brook, que consiguió que Laurence Olivier realizara la mejor interpretación de su carrera. Pues bien, obra difícil, ha servido también para consagrar en el firmamento teatral a la joven directora Deborah Warner. Esta mujer de veintinueve años ha realizado un trabajo de grandes dimensiones; espectacular, director, grave, imponente, que ha servido también —la historia en este caso se repite— para alzar a otro gran actor, Brian Cox, más arriba de donde estaba ya. Los dos, Deborah Warner y Brian Cox, acaban de conseguir por sus trabajos respectivos los últimos premios Laurence Olivier. El 19 de marzo se marchan de la capital de España. Después irán por el mundo o quizá regresen al Reino Unido. En cualquier sitio serán imprescindibles.

Y hubo más. Los portugueses inventaron un Pessoa teatral injustamente despreciado por la en-corsetada crítica teatral oficial; los argentinos presentaron un juego liviano sobre sus fantasmas nacionales; los italianos inventaron una *Iliada* para marionetas, y los holandeses de Studio Hinderik volvieron a asombrar con su teatro figurativo de *TREN*. Un buen recuerdo, pues, y un nuevo aplauso para esta difícil empresa que hoy protegen la Comunidad, el Ayuntamiento y el Ministerio, pero que fue iniciativa de un grupo de jóvenes reunidos en la Asociación Caballo de Bastos, hace ya nueve años.